

Publicación Ocasional

N.º 5

Homenaje a

Don RICARDO E. LATCHAM

1868 - 1943



Museo Nacional de Historia Natural
- CHILE -
BIBLIOTECA
CASILLA 783 - SANTIAGO

925
L 351h
1964
BAB 5910

Homenaje a
Don RICARDO E. LATCHAM
1868 - 1943

Museo Nacional de Historia Natural
- CHILE -
BIBLIOTECA
CASILLA 787 - SANTIAGO

**Discursos pronunciados con ocasión del
20º aniversario del fallecimiento del ilus-
tre antropólogo y ex-director del Museo
Nacional de Historia Natural.**

N.º 5

**PUBLICACIONES OCASIONALES DEL
MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL**

SANTIAGO DE CHILE

1964

Don RICARDO E. LATCHAM
y el ambiente científico de Chile
a comienzos de siglo

por Humberto Fuenzalida V.

Durante los últimos veinte años el ambiente cultural chileno experimentó un vuelco considerable.

Hacia 1940, las Universidades del país seguían siendo organizaciones para el estudio de las carreras tradicionales y la investigación estaba relegada a la labor de los individuos sin recibir el apoyo institucional necesario para asegurarle un adecuado futuro. El investigador era un fruto surgido al azar, del secreto de las maduraciones individuales o de las concomitancias inesperadas. Son los años teñidos todavía con la atmósfera intelectual de principios del siglo, romántica y nebulosa, en que se confiaba en el papel de los individuos y en los beneficios de la asociación libre y extraclaustral para cumplir las labores que corresponden al progreso de los conocimientos, al esclarecimiento de los innumerables problemas que permanecían oscuros o velados tras el fárrago de concepciones anacrónicas. Son los momentos en que se fraguan destinos como los de José del C. Fuenzalida, Luis Riso-Patrón, José T. Medina, Tomás Thayer Ojeda, Ramón A. Laval, Carlos E. Porter, Vicente Izquierdo, Elías Almeyda Arroyo, Francisco Fuentes, Marcial R.

Espinosa, etc. Espíritus dispersos, surgidos de las provincias, de las capitales, del campo o de la ciudad, quién sabe por qué toque del azar, sienten vocación inmarcesible por un orden de conocimientos y se dedican a él con entusiasmo a lo largo de toda su vida. Dentro de estos azares pueden advertirse algunas concomitancias que explican el surgimiento de las personalidades, pero las más de las veces éstas quedan enteramente inexplicadas.

En la lucha contra la soledad estos espíritus buscan reunirse para comunicarse sus resultados. Son las asociaciones libres las que primero en Chile constituyen las células donde chocan las ideas y se fragua el espíritu de emulación necesario para llevar el conocimiento a límites cada vez más avanzados. Son la Soc. Científica de Chile, la Soc. Científica Alemana, la Soc. Chilena de Folklore, la Soc. Chilena de Historia y Geografía, la Soc. Chilena de Historia Natural, los primeros núcleos colegiados en donde la investigación es una tarea y donde se dan los grandes pasos en la conquista del saber. Para entender la evolución intelectual de Chile en las primeras décadas del presente siglo, habría que hacer un estudio de ellas, revivir el clima de sus sesiones, revisar su problemática, sus discusiones, sus proyectos y sus realizaciones. Para el desarrollo de la investigación y la creación del "nuevo espíritu" ellas son más importantes que las Universidades.

Tales sociedades siempre nacieron de la asociación de esas personalidades, misteriosamente surgidas y con una voca-

ción casi siempre producto de una desviación profesional. ¿Por qué el médico Aureliano Oyarzún se dedicó a la Arqueología? ¿Por qué el Dr. Ramón A. Laval se interesó por el folklore? ¿Por qué el ingeniero Ricardo E. Latcham se dedicó a la etnología y a las ciencias sociales? Son misterios que se fraguaron en la soledad de los escritorios, en las meditaciones en el seno de las selvas, en las conversaciones de los salones o en el bar ante el estímulo de las copas.

Estas personalidades fueron las que impulsaron durante las primeras décadas del siglo, un ambiente intelectual denso, febricitante, dentro de una ciudad hosca y practicista. Fueron su fermento generoso, su *deus ex-machina*, su demonio. Ellas dieron ciencia con pasión y con sangre, con luchas y con diatribas, con encono y con sonrisa, con fervorosa y culminante alma demoníaca. Así como surgían amistades que durarían toda una vida, se fraguaban odios, enemistades eternas, bajo cuya resonancia nosotros aprendimos a caminar en ese medio, encendido de un elan vivo, libre, sin tapujos ni remiendos, más vivo que todas las academias y más torturante que todas las disciplinas.

Es éste el medio al cual llega don Ricardo E. Latcham, allá por 1903, y en el cual iba a echar profundas raíces. Al principio no fue más ni menos que muchos otros, pero a poco andar, se demostraría que este "gringo" recién llegado de los loteamientos de La Frontera, de los tendidos ferroviarios del centro y de las minas del Norte, será uno de los elementos más

estimulantes y uno de los fermentos más corrosivos gracias a un geniecillo burlón que gustaba llegar a la raíz de los problemas a través de una serie de preguntas absolutamente desconcertantes. Se integra naturalmente el grupo de las preocupaciones antropológicas, aunque no deja de continuar interesándose por los asuntos de la ingeniería, de las ciencias sedicente exactas, por la geología, y por las obras públicas. Su actuación en el Cuarto Congreso Científico General Chilena (Santiago, 1908) y sus publicaciones en Revistas, Argentinas y Chilenas, le franquea un camino llano hacia las organizaciones científicas de próspera vida de ese entonces.

Todavía viven muchas de las personas que lo conocieron personalmente y su recuerdo puede reavivarse en un coloquio en torno a su nombre. Cuando yo le conocí ya era hombre de largos años y dirigía el Museo de Historia Natural. Tenía su oficina al fondo del hall principal y allí se encerraba todas las tardes a trabajar en sus papeles científicos, puesto que la mañana la dedicaba a las tareas administrativas y a la atención del personal científico del establecimiento. Era bajo de estatura, delgado, de andar un poco empaquetado, cimbreando el brazo derecho puesto que en el izquierdo casi siempre llevaba alguna cosa; su hablar velado se veía entrecortado por la falta de innumerables dientes que fue perdiendo con el curso del tiempo sin nunca pensar en reponerlos. Era sencillo y cordial, un poco seco en los primeros contactos, pero luego expansivo

y amigo de hablar para contar sus aventuras o discurrir sobre sus afanes intelectuales. En general su espíritu era generoso y, sin excepción, incapaz de guardar rencor o cultivar enemistad prolongada.

Una deficiencia cardíaca que se le acusó mucho antes de que se preocupara de ella, le hacía cansarse al caminar o al hablar prolongadamente. Consecuencia de ella era una tos repetida que le aquejaba aunque él estaba convencido de que era el resultado de los detestables cigarrillos que fumaba sin interrupción desde las primeras horas de la mañana. Era entonces una figura consagrada en nuestros medios intelectuales.

Por los retratos sabemos que muy distinta era su estampa, en los momentos en que llega a establecerse en Santiago, allá por 1903. Unos bigotes enroscados y agresivos no lograban atenuar la natural bondad de sus ojos zarcos y el temperamento tranquilo que constituía la esencia profunda de su naturaleza. La piel tersa y una viveza en la mirada que no perdió ni con los años finales, acusaban su temperamento combativo, su espíritu alerta y su viveza intelectual. Llegaba a Santiago con el prestigio que le daban su prolongada permanencia entre los araucanos, sus trabajos en los alrededores de La Serena, y sus viajes a los paraderos indígenas de la costa.

Traía una impresión personal, gozosamente vivida, de los distintos medios de la realidad chilena y se había preocupado sistemáticamente del estudio de los indios.

Para un espíritu como el suyo, tales contactos le llevaron a colocar la preocupación etnológica en el primer plano de sus desvelos y mediante tenaces lecturas había adquirido el conocimiento indispensable para analizar los hechos tanto desde el punto de vista físico como del cultural. Las ideas que fue elaborando en el curso del tiempo chocaban violentamente contra lo establecido y se fundamentaban no sobre la compulsa de testimonios literarios sino en la observación directa de la realidad.

Estas ideas eran, pues, un fermento nuevo, un elemento valioso para las organizaciones que prosperaban en Santiago. A nadie se le ocurría, por ese entonces, que el natural camino de su personalidad fuera la universidad. El centro oficial de la actividad investigadora estaba en los Museos y en la Biblioteca Nacional.

Algo del ambiente intelectual de las Sociedades Científicas era el que se respiraba en los Museos y en la Biblioteca Nacional de Santiago, en ese entonces en uno de los grandes momentos de su desarrollo. En el Museo de Historia Natural trabajaban Federico Philippi, Carlos Reiche, Philiberto Germain, Roberto Poelmann, Plageman, Federico Albert, los cuales si no coincidieron todos en el tiempo, fueron capaces de alternar y mantener viva una tradición de alta investigación y de labor pionera en el campo de las ciencias Naturales. El Museo Histórico, que nace a la vida con el Centenario, desprendiéndose del Museo Nacional, logra constituir un bloque del cual pronto

surge el Museo de Etnología y Antropología, debido al impacto creado en el país por un fervoroso afán científico. Desarrollado por Aureliano Oyarzún, yerno de Federico Philippi, estaba impregnado del mismo espíritu y en sus cuarteles reconocen filas todos los hombres que se dedicaban a los estudios antropológicos: Lenz, Laval, Gusinde, Uhle, Oyarzún, Guevara, Latcham, etc., organizándose un círculo en el cual se debatían las ideas personales de todos y se gestaban los impulsos que produciría la eclosión de las ciencias antropológicas de aquellos lejanos momentos.

Son estos ambientes los más cautivantes, y los que gusta frecuentar Ricardo Latcham a su llegada a Santiago. Desprovisto de situación oficial alguna fue sin embargo el creador de los principales fermentos y de las principales vocaciones. Fue por reacción frente a las ideas de Latcham sobre los araucanos que se mandara a Gusinde a hacer sus primeras campañas entre estos indios, cuyo estudio no hizo sino esflorar, para dedicarse más tarde con ahinco al estudio de los indios del sur. Su preparación etnográfica la había conseguido exclusivamente en estas reuniones de las sociedades científicas y de los cenáculos de los Museos de Santiago. Su obra depasa en mucho el nivel científico de ese entonces, poniendo de manifiesta su capacidad de estudio, pero queda como un hecho innegable que el punto de partida se lo dio el ambiente intelectual de esas organizaciones.

Hacia 1920 Tomás Guevara, terminaba

sus estudios sobre los araucanos, fundamentado especialmente en el contacto con los alumnos de esa estracción que frecuentaban el Liceo de Temuco, y de sus visitas a los campos aledaños. Por su parte el investigador había bosquejado un cuadro coherente y meritorio, pero su información careció de la visión crítica y del despego de las opiniones establecidas para haber aquilatado bien el material reunido. Latcham, en cambio hacía tabla rasa de todo lo aceptado por los historiadores y por los hombres que se habían preocupado de dichos asuntos. Sus exposiciones en el seno de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en La Academia Chilena de Historia Natural, o en los cenáculos del Museo de Etnología y Antropología eran recibidas con sorpresa, con inquietud y con desconfianza. Algunas las aceptaban temporalmente para rechazarlas después, y la pugna que suscitaron constituyeron la sal y pimienta de los ambientes santiaguinos durante muchos años.

Posiblemente la acción de Latcham, que encontraba grande acogida en las mentes nuevas, desprovistas de prejuicios, le granjearon considerable resistencia y enemistades. Su aceptación por los sustentadores de las situaciones oficiales era a regañadientes, después de una prolongada discusión y análisis, en las cuales, su espíritu inclinado a la ironía y al humor rescoldoso, por mucho que lo usara con sonrisa, producía heridas lancinantes.

Fueron esas discusiones las que poco a poco llevaron a Latcham a convertirse en

una figura céntrica del movimiento intelectual de aquellos años. Fue particularmente en el seno de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, donde encontró mayor acogida. Esta sociedad le brindó la primera cátedra y a lo largo de más de trece conferencias, pudo hacer una exposición metódica sobre etnología, etnografía y arqueología, las cuales dieron lugar más tarde a un volumen de sus obras.

Latcham no aspiraba en ese entonces a una situación dentro de las universidades. Los ambientes adocenados, en la enseñanza profesional, sin volcarse hacia los asuntos de la alta cultura, los hacían poco apetecibles. En cambio los museos le subyugaban. Participó durante varios años en la actividad de la Etnología y Antropología, sin tener empleo oficial ninguno, y en sus publicaciones vieron la luz, dos de sus obras capitales: Los Animales domésticos precolombinos, y Creencias religiosas de los Antiguos Araucanos. Fue sin embargo al Museo Nacional de Historia Natural donde fue nombrado al fin, hacia 1927, en calidad de Director.

La adquisición de un status oficial, en fecha tan tardía era el indicio de que las ideas de Latcham, habían entrado a formar parte de las aceptadas y se incorporaban definitivamente a la tradición de la cultura nacional .

Cuando uno las mira a través del tiempo advierte en ellas ciertas calidades que no dejan de llamar la atención. En la gradación de sus preocupaciones, se advierte una marcha segura e ineludible. Son primero las preocupaciones etnológi-

cas que surgen de su contacto con los Araucanos. Ya entre ellos empiezan a preocuparle el concepto clásico del etnos como sustancia viva y maestra, puesto que las culturas son meramente expresiones de un material vivo y plástico que evoluciona, se mezcla y se desvanece en oleadas humanas sucesivas. Sus ideas sobre estas materias fueron cambiantes a lo largo del tiempo. Sus estudios de Antropología Física, dieron el fundamento de sus especulaciones. Apoyándose en las evidencias físicas conseguidas fue como postuló la heterogeneidad de los mapuches, la heterogeneidad de los changos, y surgieron las ideas sobre las mezclas de los pueblos que llegan a nuestra información como saldos vivos o como restos culturales. Más tarde vienen las preocupaciones de orden social: son las creencias religiosas, las costumbres, la organización totémica lo que entra en primera línea de sus elucubraciones. De la observación *in-vivo*, parte luego al estudio de las culturas que conocemos sólo por sus restos, o por residuos humanos degenerados profundamente transculturizados. Los últimos años de su vida están absorvidos por el estudio de éstas: son sus estudios sobre los Atacameños, sobre los Diaguitas, sobre El Molle. En cualquiera de estos trabajos, sin embargo, el acumulo de informaciones obtenidas en los estudios anteriores está vivo con toda su fecundidad y trascendencia. La posibilidad de integrar los datos del análisis social, del estudio de la cultura material, con los datos de la antropología física procura una

trama más substancial y solvente a sus grandes síntesis. En Latcham hay siempre un esquema étnico sirviendo de cimiento a sus preocupaciones y a la delimitación de las obras que elaborara. Si de algo se le puede acusar, sin embargo, es que sus estudios de antropología física no fueron lo suficientemente sostenidos ni lo suficientemente abundantes para procurarle una base sólida. Debemos reconocer igualmente que muy poco es lo que se ha hecho posteriormente y este campo sigue siendo uno de los grandes vacíos de nuestras reconstituciones del pasado indígena.

Cuando don Ricardo muere en 1943, se había cerrado la eclosión de las sociedades científicas y nacía pujante en el terreno que le fuera propio el impulso de las universidades. Estas han tomado el bastón en la carrera de relevos que constituye el avance de la cultura. Mirada desde nuestros días su acción es clarificadora y estimulante. Nadie vivió la antropología con más constancia e ímpetu, con más viva llama. Saludarlo a través de estos veinte años que ya nos separan de él es hacer justicia y rendir culto a los héroes.

DON RICARDO E. LATCHAM Y LA UNIVERSIDAD

por Eugenio Pereira S.

La Facultad de Filosofía y Educación respetuosa de la jerarquía de los grandes valores intelectuales, y agradecida por lo que ellos representan en el seno de nues-

tra centenaria institución y en la comunidad patria, gusta evocar en la secuencia recordatoria de las efemérides de los hombres ilustres, aquellas personalidades que, como la de Don Ricardo Eduardo Latcham, vive eternamente en el corazón justiciero de las generaciones. La inapelable sentencia de la posteridad ha sabido valorizar lo auténtico de una enseñanza que legó a los múltiples discípulos la inquietud de los conocimientos que don Ricardo E. Latcham transformara en ciencia en las apretadas páginas de sus sabias monografías, escritas en el empeño de todos los instantes, con el alma puesta en la trascendente misión de trazar las coordinadas antropológicas de los orígenes humanos y culturales de nuestra raza y nacionalidad.

¡Qué fácil es para nosotros evocarlo en la intimidad del recuerdo con el cariño de la emoción directa! ¡Qué difícil encuadrar el contenido de sus innumerables facetas en el marco inexorable del discurso! Nos parece haber sido toda la vida amigos de don Ricardo Latcham, tal vez por la temprana amistad con su hijo Ricardo, compañero de los sueños y realizaciones juveniles. Me parece verlo con toda claridad en la imagen penetrando en las aulas de clases del edificio que el Departamento de Historia y Geografía ocupaba en la calle República. Lo había traído a la cátedra —novedad pedagógica, científica en el país— otro ser admirable en su magisterio don Luis A. Puga. Su ser físico rezumaba la característica británica: era hijo de Bristol, la tierra del “Al-

manaque", como replicara con gracia una vez a un ministro desaprensivo. No tenía edad, aunque había nacido en 1869. Enjuto de carnes, cordial y afectuoso en sus ademanes, enemigo de los trámites de las listas y de las matrículas, llegaba con puntualidad a la sala, donde los alumnos lo esperaban con suspendido interés. Hablaba con la vista: ojos penetrantes, en que la dulzura del alma noble se hermanaba con la sonrisa del buen humor y el firme gesto del sabio de verdad. Fumaba interminablemente, y su clase interrumpida solo por el suave carraspeo de su voz, era impartida en el tono menor del que no necesita del empaque retórico para ocultar vacilaciones de conceptos. Era su clase una conversación, un diálogo fecundo como ahora se dice.

En sus disertaciones no tenía dificultad lingüística, pese a su estirpe y a su apellido. Tal vez por amarnos mucho había perdido la típica modulación baja del inglés académico, pero en su idioma castellano, sin duda había ritmos británicos notables, de singular simpatía expresiva.

Sus lecciones reunían los méritos buscados por la recta pedagogía; la investigación y la docencia se conjugaban en su clase. Lo que supo y lograba transmitir sin recursos oratorios, era el resultado de un trabajo incansable, material adquirido en las largas jornadas del estudio, en sus viajes sin desmayo físico a los aislados campos arqueológicos y a sus frecuentaciones eruditas con sus contemporáneos en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y sus colegas de la Facultad de Bellas Artes y de Filosofía y Educación.

Poseía una extraordinaria cultura general. Su saber distaba del mecánico memorizar libresco, poseía el arte de expresar su pensamiento profundo con notable claridad, y de esta manera los más difíciles problemas de la ciencia antropológica podía reducirlos a esquemas lógicos geométricos, del influjo de su formación técnica de ingeniero recibido en el Politécnico de Londres. Pero nunca olvidaba en sus condensaciones didácticas lo sustantivo de la experiencia novedosa adquirida en el hallazgo consciente o en el encuentro fortuito de elementos inéditos. Además, la amplitud de sus conocimientos le permitió encontrar analogías ocultas, novedosas, originales que estimularon al oyente y al lector. Su enseñanza fecundaba espíritus; era la síntesis de vastos conocimientos objetivos, madurados por una poderosa inteligencia.

Creemos que no es el momento —ni somos tampoco los indicados —de glosar la valiosa bibliografía de sus numerosas y fundamentales obras que desde sus primeros ensayos ingleses de 1907 venían revolucionando la ciencia antropológica de Chile y de América. Hizo Latcham el recuento de todo lo que hasta su época se sabía cierto sobre nuestros orígenes, y lo hizo con la modesta ponderación del investigador serio, que sabe valorar el trabajo de sus antecesores, el aporte de sus contemporáneos, apartando siempre con sonrisa socarrona las doctrinas pseudo-científicas de los aficionados, siempre numerosos en este campo. Supo, por otra parte, discutir en sus libros doctrinas e

hipótesis, y las teorías generales explicatorias de los fenómenos sociales, cotejando el pensamiento teórico con la dura realidad encontrada en las rebuscas, enfrentándolas con el porfiado hecho irredargüible, conseguido en entrépidas excursiones, hazañas de largos viajes, pues el sabio sabía leer los libros no escritos que eran para él las piedras, los huesos y los artefactos.

Sus conocimientos eran positivos, supo medir con rigurosidad matemática el hallazgo; desbrozar las capas geológicas del encuentro con la técnica apropiada, de acuerdo con los conceptos básicos de la ciencia honorable. Pero también latía en su privilegiado cerebro ese tipo superior de imaginación que llamamos científica: el espíritu creador moviéndose en las limitaciones de lo concreto e inmediato.

Don Ricardo —lo siento vivo frente a nosotros— nos conocía profundamente; llegó a ser chileno más que por el trámite formal de la carta de naturalización por haber descubierto por sí mismo, por los caminos inequívocos de la inteligencia lo que significaba la América con Chile a su flanco en el proceso de una adecuada comprensión histórica del mundo.

Para conocernos viajó Latcham por las encrucijadas de “nuestra loca geografía”. En 1888 sus andanzas de planificador de colonias lo transportaron de Inglaterra a la selva aborígen, y por su condición humana, la afectuosidad de su trato y esa sana curiosidad incansable, llegó a ser cacique honorario de una de las comunidades araucanas, y así este huinca hi-

perborio, el inglés de los rieles, recibió la íntima confianza de un pueblo aguerrido que le entregó su historia, contenida en su lengua, en sus leyendas, en sus costumbres ancestrales y en sus penas.

Penetró después en el áspero norte grande y ascendiendo a lomo de mula los abruptos senderos cordilleranos, los calcinados salares, la puna inclemente y el verdor de los oasis pudo descubrir tumbas invioladas de los antecesores atacameños, biblioteca antropológica de incalculable riqueza, hoy día patrimonio nacional.

Y siempre que afloraba la historia no escrita de la profundidad geológica del pasado o en los mantos superficiales del conchal o el cementerio, en la tumba o en la ruina de la habitación humana, allí estaba vigilante el sabio Latcham para leer este mensaje cifrado, sea en Taltal o en Tocopilla, en Arica o en la costa, en Aysén o en Tagua-Tagua, y particularmente en ese norte chico, su tercera patria donde formó familia y se hizo chileno de corazón y de linaje.

Dilatada fue la aventura de este hombre —aplicando a su aventura la connotación profunda de Whitehead— al bosquejar el plano de ideas que debía explicar el desarrollo de los primitivos pueblos paleo-americanos y amerindios que, al afincarse en nuestro largo y dilatado territorio pusieron la nota humana en el variado paisaje y plantaron los gérmenes de una nacionalidad temprana que el maestro Latcham en sus singulares monografía ha revelado con ayuda del estilo

del arte cerámico, la sublimación religiosa de las creencias y el despliegue de las fuerzas sociales y económicas domando la naturaleza con el cultivo agrícola.

La Facultad de Filosofía y Educación que tuvo la fortuna y el honor de contar a don Ricardo E. Latcham en el cuerpo docente y en las excelencias académicas, renueva esta tarde, en la Biblioteca Nacional, junto a las instituciones que compartieron este privilegio, el encomio de sus dilatados merecimientos.

Latcham supo poner orden cabal y sintético en los dispersos conocimientos que sobre Chile prehistórico recogieron los precursores de los siglos anteriores, y apoyados sobre ellos y las disciplinas que habían perfeccionado personalidades como Max Uhle y Junius Bird, para no citar sino sus grandes amigos, extranjeros, y poniendo a contribución la coyuntura histórica obtenida en su apasionada lectura de los cronistas coloniales, amplió el horizonte primitivo con la incorporación al panorama de culturas ignoradas que permitieron trazar el mapa arqueológico de Chile en sus áreas fundamentales.

El Profesor Latcham dio a sus discípulos del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad de Chile las bases teóricas de una ciencia de suyo difícil, porque engloba lo histórico y lo social, y dejó a sus sucesores una problemática que sigue preocupando y angustiendo a los hombres de ciencia. Su herencia cuantiosa, no aquella material que

buscó en el tesoro de Guayacán, guiado por su apasionamiento a lo Stevenson, una segunda Isla del Tesoro, ni tampoco en las empresas mineras e industriales que quiso animar; son los tesoros imperecibles y eternos de los hallazgos científicos. Múltiples son sus herederos intelectuales, y del hilo de su interminable madeja de hipótesis van tejiendo las nuevas promociones científicas. Rindiendo a don Ricardo E. Latcham el mejor homenaje en esta sagrada unión del pasado y del presente repetiremos las palabras de aquel filósofo medioeval que dijo: "No vemos más y más lejos porque sean más penetrantes nuestros ojos, sino porque estamos sentados sobre los altos hombros de las grandes personalidades que nos han precedido".

RICARDO E. LATCHAM, DECANO DE LA FACULTAD DE BELLAS ARTES

por Tomás Lago

La Facultad de Bellas Artes me ha encomendado su representación en el homenaje que hoy se rinde al eminente investigador de la prehistoria americana D. Ricardo E. Latcham, quien fuera su primer Decano al fundarse ese cuerpo docente en 1929. El señor Latcham sustentó la cátedra de Arte Indígena Americano de la Escuela de Bellas Artes desde 1927 hasta 1931.

Muchas son las razones que nuestra Facultad tiene para sumarse a este acto académico en honor del ilustre ciudada-

no inglés que tanto hizo por Chile, su patria de adopción.

Nadie como él ha estudiado en forma tan acuciosa, el desarrollo formal de las culturas precolombinas de nuestro territorio. El acopio de material reunido en su libro sobre la cerámica indígena es ingente, y si bien el tema no está agotado, es difícil hoy día, después de su obra, que ha llegado a ser fundamental, agregar elementos testimoniales a ese repertorio tan vasto de objetos particularizados.

Los estudios de Barros Arana y los historiadores liberales del siglo pasado, con los aportes de los europeos ilustres que nos visitaron durante el siglo XVIII, había dejado un panorama bastante incompleto de nuestra prehistoria. Generalizaciones equívocas, presentaban el territorio del reino de Chile, casi como una unidad primitiva dependiente del área cultural peruana, merced a cuyo influjo solamente, había logrado traspasar las lindes del neolítico y desarrollar la agricultura y otras artes.

Latcham, acicateado por las investigaciones de Max Uhle, y con los mismos instrumentos de la ciencia moderna, puntualizó muchas cosas, fijó hechos, desarrolló una visión de esta parte de la América a través de los hallazgos objetivos de sus propias excavaciones. Son reconocidas sus constataciones de antropología fisiológica, sus revisiones de archivo.

Quien quiera diferenciar los rasgos culturales de los diversos pueblos que habitaron nuestros valles y montañas, ten-

drá que recurrir al material reunido por él, estudiado y clasificado en forma sistemática por esa mente ordenadora y ágil.

Ahora conocemos en forma positiva los caracteres del pueblo atacameño, la contribución del chibcha y del diaguita, pues sus formas cerámicas, sus esquemas decorativos y la acumulación de rasgos clasificados, desmenuzados, sometidos al rigor de un sistema analítico, nos muestran el perfil humano de estos núcleos raciales autónomos, perdidos en las lejanías del pasado.

La obra de arte como concepción espiritual creadora de la mente humana, conmueve siempre. En los signos reticulados, grecas y meandros de la cerámica indígena chilena, el arqueólogo lee el mensaje de los pueblos arcaicos que habitaban los valles cordilleranos hace un milenio. ¿Quiénes eran, cómo eran esos hombres? ¿Cuál era el móvil de su existencia? ¿De dónde vinieron? Sólo las huellas de sus manos y sus dedos en los vasos de greda, excavados de los gentiles azotados por el viento de los siglos, cuentan la historia de sus migraciones.

La obra de Latcham es ingente en nuestra antropología cultural y su acción en la educación chilena lo define en todo sentido como un maestro, por su labor pública y la irradiación auspiciosa de su personalidad tan accesible y cordial, eje vital de sus virtudes.

Tuve la suerte de conocer de cerca a este ser de excepción. Uno de los recuerdos mejor memorizados de cierta época de mi juventud es la amistad que me otor-

gó este hombre eminente. Ocurrió eso en el momento en que uno incorpora nociones, amplía perspectivas de conocimiento a través de los libros. Entonces, de pronto, encontramos a alguien que viene de vuelta de ese campo y se comunica con nosotros. ¡Cuántas cosas se nos revelan en ese instante, cuántas apariencias incompletas se integran y cuántas se deterioran y deshacen!

La personalidad del señor Latcham obraba por simple presencia. Tolerante, bondadoso, bien intencionado; de él aprendimos muchas cosas. Por de pronto que en la investigación de un fenómeno no pueden haber puntos de vista personales que no estén afirmados en los hechos. Parece sencillo e indiscutible, pero en la práctica de las tareas indagatorias, deslumbrados por las circunstancias emotivas, seducidos por los cantos de sirena de las bellas teorías. ¡Cuántos esfuerzos perdidos! Sólo el científico puro avanza apoyado en los hechos.

Y Latcham era irreductible en esto. Para él no existía la enemistad en la ciencia, sólo estaba vigente la pugna por resolver un problema. Las extensas bibliografías de sus trabajos muestran la amplitud de su criterio. A veces en discordancia personal con otros investigadores, llegado el caso de la constatación de hechos, sólo contaba el problema en estudio para él; y en tal caso todos los aportes, aún los de sus contradictores más encarnizados, eran citados a concurrir para despejar una incógnita.

Y este espíritu acerado y nítido no era

cerrado de ningún modo a otras manifestaciones de captación más abstracta; era también imaginativo y amante de la vida sensible como lo demostraba su interés por la pintura, la poesía y la música. Su cátedra sobre el Arte Americano que sustentó en la Facultad de Bellas Artes fue siempre un centro desbordante de ideas y apreciaciones donde se mezclaban toda clase de temas artísticos de la más viva actualidad. La discusión rodaba, entonces, acerca de la nueva pintura, esto es, la repercusión inmediata de lo que más tarde se ha llamado L'Ecole de Paris, La Escuela de París, apenas conocida a través de los discípulos de Braque, Matisse, Vlaminck, cierta época de Picasso. El grupo Montparnasse de pintores chilenos había puesto sobre la mesa de la discusión este nuevo encuadre del fenómeno plástico y las más vivas opiniones se vertían a diario sobre el asunto. Acostumbrados a ver las exposiciones de cuadros abstraccionistas de hoy, que a nadie llaman la atención, difícilmente podemos imaginar lo que eran aquellos debates de apasionados y ardorosos. Debemos tener presente que se cruzaba en ese momento la línea ecuatorial que separa dos épocas tan diferenciadas. Salíamos de la pintura de gama transida de emoción, que había reemplazado a los últimos discípulos de Pedro Lira y entrábamos en un nuevo mundo formal creado de acuerdo a los términos de la época independiente y cruel que vivimos. Nunca olvidaré la actitud de ese hombre de ciencia en esas discusiones. Escuchaba, miraba y se cuidaba mucho de negar

por anticipado lo que estaba viendo con sus ojos, como un verdadero etnólogo que observa un fenómeno de antropología cultural. Eludía el entusiasmo falso del snob con la misma firmeza que la negación vacía.

Hablando de la fisonomía de este eminente hombre de ciencia, es difícil para mí eludir los recuerdos personales.

Al ocupar esta alta tribuna, señoras y señores, les ruego excusar esta circunstancia en aras de la fidelidad de la evocación. Veía a D. Ricardo a diario en la oficina de la Revista del Ministerio de Educación que yo dirigía. Aparte de mi nexo con él como colaborador de la publicación, yo no era más que un mozo interesado en los problemas de la cultura nacional. Todas las tardes me pasaba a buscar para tomar el té juntos en el Café Astoria. ¿Qué podía unirlo a un muchacho inmaduro como yo? Ahora pienso que sólo su disposición por los problemas intelectuales de mi generación, por las vicisitudes de la cultura por venir.

Como buen inglés le gustaba tomar el té rojo más espeso de la India. Pues allí en ese café me contó una vez una historia a primera vista inverosímil cuyos antecedentes publicó más tarde en un libro de la Editorial Nascimento, bajo el título de "El tesoro de los piratas". El Director de la Biblioteca Nacional, Eduardo Barrios, que era su jefe, lo había llamado para encomendarle una misión confidencial. La historia es fascinadora. Un aguador de Coquimbo que había llevado agua, con su tropilla de burros, a los tripulan-

tes de un barco llegado sigilosamente a la bahía de la Herradura, en Guayacán, con el objeto de hacer excavaciones, encontró días después que los desconocidos habían levado anclas —al parecer sin tener éxito en su búsqueda— una plancha de bronce escrita en signos geroglíficos. Puede comprenderse la ansiedad del agudor para seguir explorando el terreno. En esta tarea encontró más todavía: una pequeña estatua de oro y documentos en pergaminos, escritos en lenguas arcaicas orientales, que traducidos en parte situaban un entierro conteniendo un tesoro fabuloso en zurrónes de oro y plata, ocultos en el lugar por una hermandad de piratas del siglo XVI.

Las investigaciones del señor Latcham son apasionantes y aunque el tesoro no apareció, su intervención fue decisiva para aclarar los justos términos del caso. Su educación clásica con estudio de las lenguas antiguas del Mediterráneo le permitió llegar a las conclusiones más exactas de los documentos. Una palabra en copto —recordada de memoria una noche de desvelo— le permitió fijar, por último, los puntos principales de la caverna citada en los pergaminos.

Recuerdo como si fuese ahora la impresión que me dejó aquella historia en el momento de su regreso del Norte, después de permanecer unas semanas en La Serena, mientras conversábamos en el Café Astoria. Su relato nos tenía sumergidos en las brumas del siglo XVI y al levantar la cabeza, me encontré de pronto,

cuatro siglos más tarde, en pleno corazón de la ciudad de Santiago.

—¿Qué piensa Ud. de ese tesoro D. Ricardo? —le pregunté anhelante. Si los documentos son verídicos, ¿es posible encontrar aquellos zurrone de oro?

Se rió de buena gana. —¿Y qué quiere que le diga? —me contestó, aspirando tranquilamente su cigarrillo. Puede que sí, y puede que no. Lo único seguro, sin embargo, es que mucha gente se seguirá arruinando en persecución de los zurrone, como ya le ha sucedido al burrero que acarreaba el agua, y eso sólo lo podemos lamentar...

Para evitar ese perjuicio sólo publicó los antecedentes del caso tres años más tarde y cambió también los nombres de las personas que allí figuran.

Su filosofía acerca de estos sucesos fue una enseñanza vívida que no podré olvidar. Quedó aclarado para mí que había un abismo entre el hombre de ciencia que había revisado los alfabetos antiguos del Mediterráneo desde el egipcio hiératico, el fenicio, el arameo, el árabe, para comprobar la traducción de aquellos pergaminos, que había un abismo, digo, entre ese equilibrado y sereno hombre de estudio, y los afiebrados perseguidores del tesoro, que aún hoy ambulan por las playas de la Herradura.

He pedido excusas por los recuerdos personales que me he tomado la licencia de insertar en esta intervención académica. Pero el perfil humano del ilustre sabio cuya memoria honramos hoy, estaría incompleto si no evocáramos su conducta

moral junto a los merecimientos del sabio.

La Facultad de Bellas Artes en cuya representación hablo, no podía estar ausente del homenaje de hoy, toda vez que D. Ricardo Latcham fue su primer Decano en 1929, cuando el Honorable Consejo de la Casa de Bello acordó su creación. Docente por impulso vocacional, profesor nato por amor al conocimiento, no podía iniciarse con más brillo una Facultad universitaria. La época que vivimos es cada vez más una dimensión universal, la ciencia y el arte no tienen fronteras y el trabajo creador del espíritu sólo puede expresarse en el ser humano integral. A la espléndida falange de extranjeros sobresalientes que han contribuido a modernizar la cultura chilena —desde Gay, Phillippi, Hanssen, Lenz— debemos agregar el nombre de Ricardo Latcham como un pionero de la nación que puso todas las fuerzas de su rica personalidad en esta tarea básica de sacar de las sombras del pasado la realidad de nuestra patria.

Hoy día no tenemos duda acerca de la trascendencia de esta integración histórica.

Por eso honramos en su obra la reconstrucción de nuestra realidad genuina, mediante el conocimiento de sus grupos raciales, cuyas industrias domésticas estudió con amoroso empeño, auscultando en los rastros formales de su cultura material el rostro esquivo del hombre antiguo que llevamos en la sangre. Junto con Carlos S. Reed, Latcham inició en Chile

el estudio de nuestras artes populares en cuanto a supervivencias culturales.

Honramos en él su fe en el ser humano de nuestra patria que fue también su patria.

El arte como impulso hacia la expresión del alma es una vivencia. La misma aspiración superior alienta en el artista civilizado que en el artesano primitivo, el mismo sentimiento conmueve al pintor o al escultor de nuestro tiempo que al ceramista indígena de otrora. Es el mismo movimiento ciego y profundo que busca expresar al hombre; es siempre el arte.

Señoras y señores:

Prescindir de nuestras raíces americanas en cualquier tarea cultural es auspicar el vacío en Chile, es como flotar en el vacío. La expresión artística, inflorescencia superior de la sociedad evolucionada, más que otros valores necesita de esta base terrestre, de esta certidumbre.

Es en este punto donde la Facultad de Bellas Artes se complace, esta tarde, en poner el acento de su homenaje al sabio ilustre que fuera su primer Decano que tanto hizo por descifrar la historia olvidada de nuestro pasado territorial.

LA OBRA ANTROPOLOGICA DE RICARDO E. LATCHAM

por Grete Mostny

Con la llegada a Chile en 1888 del joven ingeniero inglés Richard E. Latcham se inició en Chile una de las épocas más fructíferas de las ciencias antropológicas.

Mas todavía, surgió a la vida activa un campo de investigación apenas sospechado hasta entonces. Los pocos autores que con anterioridad se habían ocupado de la población india radicada desde tiempos prehistóricos en el país, distinguían vagamente dos grupos de población autóctona: los indios del norte que fueron en general confundidos con los indios “peruanos” o “bolivianos” y cuyas conquistas culturales se atribuían de todo modo a las influencias de los Incas, y los indios del centro y sur del país, que fueron designados como “araucanos” a base del nombre acuñado por Alonso de Ercilla en su gran poema épico. Los grupos del extremo sur —los fueguinos— conocidos ante todo por el viaje de Darwin a estas tierras, prácticamente no entraron en la consideración de los escritores por tratarse de tribus sumamente primitivas y—por esta razón— carentes de interés para el hombre culto.

Era solamente en los años de actividad investigadora de Ricardo Latcham, que surgieron los nombres de otros eruditos, que concentraban su interés en estos grupos étnicos, que se habían quedado en la sombra de las grandes culturas peruanas y centroamericanas por ser más pobres y mucho menos espectaculares. Entre estos hombres hay que mencionar ante todo a Aureliano Oyarzún, Tomás Guevara, Max Uhle, Alejandro Pinochet, Cañas Pinochet, Martín Gusinde y el gran precursor de todos ellos, don José Toribio Medina. Con todos ellos las ciencias antropológicas chilenas tienen una fuerte deuda de gra-

titud, pero fue don Ricardo Latcham sin duda alguna el más fructífero, el más universal y el investigador más directo, quien obtuvo sus informaciones del elemento mismo que estudiaba, sea en sus cementerios antiguos o en los descendientes de los indios que encontró en los desiertos del Norte y en las selvas del Sur.

La sólida preparación científica, que el joven ingeniero había recibido en la Universidad de Londres, influyó toda su obra antropológica: buscaba ante todo hechos, pruebas materiales, en forma de cráneos, alfarería, objetos metálicos, tejidos, etc., antes de emitir una idea que vinculara estos hechos entre sí. Este proceso era largo para cada publicación y si en una ocasión el mismo dice que cada libro era el fruto de 40 años de trabajo, no era ninguna exageración, pues a mano de sus cuadernos de apuntes se puede seguir el desarrollo de cada tema, realmente a través de 30 o 40 años de estudios.

Quizás no es casualidad, que el ingeniero se sentía ante todo en el principio de sus estudios antropológicos especialmente atraído por aquel campo de la ciencia, que se basa en mediciones y cálculos. Así podemos hablar de una primera fase de investigaciones y publicaciones, dedicada a aspectos de antropología física. Con la responsabilidad que le caracterizaba durante toda su vida, a estos estudios propios antecede un largo período durante el cual copió en sus cuadernos todo lo referente al tema, publicado por autores anteriores y sus propias observaciones. Uno de sus cuadernos más antiguos, conserva-

dos en poder de su hijo, lleva como título "*Craniology 1900*" y en él se encuentran sus estudios e investigaciones acerca de cráneos procedentes de La Serena y de la Araucanía y los compara con cráneos aymarás y "bolivianos". Cada cráneo estudiado por él lleva su protocolo, apuntes acerca de su procedencia y condiciones de hallazgo y la descripción de la pieza. Otro cuaderno intitulado "*Physical Anthropology, 1906*" contiene un resumen sobre la antropología física de los aborígenes de territorio chileno. En otro ensayo "*Physical Characters of Chilean Races*" —en el mismo cuaderno— trae estudios acerca de cráneos de los Uros de Arica, de los Changos y de Chile Central. Respeto a estos últimos dice: "que las razas que habitaban estas regiones estaban emparentadas con las de ultra Bío-Bío es simplemente materia de conjeturas, porque no tenemos pruebas ni a favor ni en contra". En el mismo ensayo describe los caracteres osteológicos y especialmente craniológicos de los habitantes de la provincia de Coquimbo, de los atacameños, tarapaqueños, yámanas, alacalufes, onas, patagones y también algunos cráneos de Isla de Pascua. "Durante los quince años que nos dedicamos a estos estudios en Chile, hemos podido examinar más de 700 cráneos...", dice en una parte.

A base de sus estudios personales, Latchan ataca la teoría de una supuesta unidad racial en la región entre Coquimbo y Valdivia. Dice: "Nuestros estudios sobre la antropología física de la población de este territorio nos ha convencido de la

falacia de esta creencia; y nos han demostrado que lejos de haber la homogeneidad pretendida, han existido desde tiempos muy remotos, pueblos de origen muy distinto, unos a otros, que en parte se han fusionado, pero que por lo general han guardado su individualismo". En apoyo a sus propias experiencias cita los cronistas, que distinguen diferentes tribus en el centro y sur de Chile.

Su primera publicación sobre antropología física aparece en 1903 en el *Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, del cual era miembro y se titula "*Notes on Chilean Anthropology*"; en 1904 (1) sigue "*Notes on some ancient Characteristics of the Araucanians*" y "*Notes on some ancient Chilean Skulls and other remains*", este último trabajo publicado también en la *Revista Chilena de Historia Natural*. En 1908 publica en la *Revista del Museo de la Plata* su "*Antropología Chilena*"; en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* aparece 1912 "*Los cráneos de paredes gruesas*" y el mismo año también su ensayo "*Los elementos indígenas de la Raza chilena*". En este trabajo postula la heterogeneidad de las razas prehistóricas chilenas, propone el nombre "*Diaguíta chilenos*" para los antiguos habitantes de las provincias al norte del Choapa, habla

(1) Para una bibliografía completa véase Humberto Fuenzalida: "Don Ricardo E. Latcham". *Rev. Chil. de Historia y Geografía*, N.º 104, p. 53-101, Stgo. 1944.

de las diferencias entre la costa y el interior y finalmente insiste en que la influencia incáica no había sido tan trascendental para las culturas chilenas como se había pensado hasta entonces.

Con esto termina la serie de publicaciones sobre antropología física y vuelve al tema sólo en 1937 con un trabajo sobre la *"Deformación del cráneo en la región de los Atacameños y Diaguitas"*, pero enfocándolo ya desde el punto de vista cultural al lado del puramente físico. En su *"Arqueología de la región atacameña"* (1938) se limita a un brevísimo resumen de los datos antropológicos.

En la próxima fase de actividad científica de Ricardo Latcham predomina su interés por la antropología cultural.

Ya no es el elemento físico del autóctono que le atrae exclusivamente, sino sus creaciones espirituales en el campo religioso, social o de la malamente llamada "cultura material".

Los primeros cinco años de su estada en Chile los pasó en la provincia de Malleco en íntimo contacto con los araucanos. Durante esta convivencia llegó a conocer sus costumbres, hábitos, creencias, etc. El fruto madurado de esta experiencia es su gran obra sobre la *"Organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos"* publicado en 1924. Como todas las obras suyas rebalsa de datos nuevos, recogidos por él mismo, agotando al mismo tiempo toda información anterior, especialmente la proporcionada por los cronistas. En esta obra formula definitivamente su teoría sobre el origen

de los araucanos, teoría ya insinuada en 1908 y 1914, cuando destruye el mito de la homogeneidad racial de los indios chilenos. En esencia, Ricardo Latcham postula lo siguiente: en la zona entre el río Itata y el Golfo de Reloncaví, en el litoral y los llanos centrales, vivían dos pueblos; uno de pescadores, cuyos restos se encuentran ante todo en los conchales, cuyos cráneos se caracterizan por el grosor de sus paredes; y un segundo pueblo, que llegó posteriormente desde el norte (Chile central), un pueblo agro-alfarero, que se extendió hasta Chiloé, absorbiendo la población pescadora primitiva. Un tercer pueblo ocupaba la región cordillerana de esta zona; eran nómades, cazadores, llamados pehuenches, que estaban en contacto con los anteriores. En cierta época —por el siglo XIV— llegó del Este un pueblo nuevo, distinto, que en varias olas entró al territorio chileno y se esparció por la región entre el Bío-Bío y Toltén, avanzando más tarde hasta el Itata. Don Ricardo los llama “Moluche” (= gente de guerra) porque supone una ocupación violenta estos moluches terminaron por fusionarse con los habitantes anteriores y Latcham llama a esta nueva mezcla “mapuche”, refutando hasta cierto punto el nombre “araucanos” que ha sido inventado por Ercilla para los indios del ayllarehue de Arauco y que más tarde fue aplicado a indios de otros ayllarehues hasta que Molina lo usó para designar a todos los indios al sur del Bío-Bío.

En la pampa argentina y en la cordillera al sur del Bío-Bío hubo además otro

pueblo, probablemente de extracción querandí (2) ; fue llamado "puelche", significando este nombre simplemente "pueblo del Este" y su economía era la de cazadores nómades.

De modo que según Latcham el cuadro demográfico de las provincias centrales y australes eran el siguiente:

PICUNCHE o "pueblo del Norte" (formado por pescadores + pueblo agro alfarero).

MAPUCHE o "araucanos" (formados por pescadores + pueblo agro-alfarero + moluche, que habían venido del Este).

HUILLICHE o "pueblo del Sur" (formado por pescadores + pueblo agro alfarero, igual a Picunche).

PUELCHE o "pueblo del Este", que eran cazadores nómades querandies (3) de las pampas argentinas).

Para esta teoría, Latcham se basa en el testimonio de cronistas y en diferencias culturales verificadas por él.

Esta teoría ha sido muy discutida desde que se publicó. Tomás Guevara en su obra "*Sobre el origen de los Araucanos*" (1929) y en "*Chile prehispánico*" aboga

(2) En estudios actuales (Handbook of South-american Indians, vol. I, p. 14, Washington 1946) los Puelche no se consideran como parte de los querandí, sino pertenecientes al grupo de Cazadores Patagónicos, junto con los tehuelhue, ona y poya.

(3) En Acta Prehistórica III, Buenos Aires 1959-60.

en favor de un origen araucano a base de una primitiva cultura de pescadores en la costa y de un pueblo agro-alfarero venido del Norte, eliminando el elemento cazador y —aunque admitiendo ciertas diferencias regionales— defiende la unidad étnica de toda la región.

En 1907 Alejandro Cañas Pinochet estudió la población del archipiélago de Chiloé de habla araucana; encontró en su cultura elementos oceánicos y formuló otra teoría: indígenas de las islas oceánicas hubieran sido arrastrados por corrientes marinas a Chiloé, radicándose allí y pasando más tarde al continente y los posteriores araucanos serían sus descendientes. El Dr. Aureliano Oyarzún, al principio dispuesto de aceptar la teoría de Latcham, se decidió por la de Cañas después de encontrar tres matá (utensilios de obsidiana de Isla de Pascua) en un conchal en Cartagena. En estudios posteriores el arqueólogo argentino José Imbelloni también admite estas influencias oceánicas en las culturas continentales.

El trabajo más moderno sobre este tema del origen de los araucanos es el del prof. Osvaldo Menghin: "*Estudios de prehistoria araucana*" (1960) (3). Menghin no acepta como valederas las pruebas de Latcham a favor de diferencias étnicas y culturales entre los "araucanos auténticos" y los picunche-huilliche. Tampoco acepta una invasión "araucana" desde Argentina, porque no existe testimonio de que en Argentina haya habido araucanos antes del siglo XVII. En cuanto a este ar-

gumento hay que observar, que Latcham tampoco habla de la llegada de los araucanos desde Argentina a Chile, sino solamente de la venida de una de las componentes étnicas de los posteriores mapuches, que él llama “moluche” y que, al fusionarse con los estratos étnicos existentes formaron los mapuches o araucanos. En cambio, el profesor Menghin encuentra cierto parecido cultural y físico entre araucanos y pueblos de la cuenca del Amazonas o de Oceanía y dice: “El íntimo lazo entre las culturas amazónicas y las correspondientes de Melanesia, Indonesia e Indochina y la ubicación marítima de los Araucanos, podría inducirnos a pensar que este pueblo, o por lo menos decisivos elementos de su cultura, llegaron directamente de Oceanía occidental o Asia suroriental. “Los araucanos se habrían desprendido de sus aposentos en la cuenca amazónica para migrar hacia el Oeste y el Sur en varias oleadas de migraciones. Además Menghin admite la posibilidad de un estrato agro-alfarero más antiguo que los araucanos, entre una primera capa de pescadores y una tercera de “araucanos auténticos”.

En resumen se puede decir, que hasta ahora, más de 50 años después de formular Ricardo Latcham su teoría sobre el carácter compuesto de los araucanos, autoridades como el profesor Menghin están básicamente de acuerdo con este postulado, aunque existen diferencias de opinión en cuanto al *modus operandi* de estas migraciones prehistóricas.

Desde la gran obra sobre la *Organiza-*

ción social y creencias religiosas de los antiguos araucanos había sólo un paso hacia la comparación de los mismos aspectos en otros pueblos. Don Ricardo lo realizó en otra obra sobre "*Los Incas, sus orígenes y sus ayllus*" (1928) y "*Las creencias religiosas de los antiguos Peruanos*" (1929). Estudiando cuidadosamente a cronistas y a autores modernos, llega a la conclusión de la base matriarcal y endogámica de la familia real incáica y de la enorme importancia del tótem en su estructura social y religiosa. Estas obras han encontrado gran acogida, especialmente en el Perú, confiriéndole la Universidad Mayor de San Marco el título de *doctor honoris causa* por ellos.

Mientras tanto, Ricardo Latcham había seguido investigando la arqueología chilena. Excavó en La Serena, Arica, Quillagua, Calama, San Pedro, Tiltil y muchos otros sitios más. El resultado de sus trabajos de campo es un gran número de artículos publicados en revistas chilenas y extranjeras y otras obras fundamentales como la "*Prehistoria chilena*" (1929), la "*Alfarería indígena chilena*" (1928), la "*Agricultura precolombina en Chile y los países vecinos*" (1936), la "*Arqueología de la región atacameña*" (1918). En 1939 tenía listo para la publicación un manuscrito sobre la "*Cultura Diaguita*" que desgraciadamente hasta ahora no logró publicarse.

En el campo de la arqueología de la costa del Pacífico trabajaba en los primeros decenios del siglo XX el gran arqueólogo, Dr. Max Uhle. Aunque su estada en Chi-

le ha sido corta, su enorme experiencia en Perú le permitía ordenar el acopio de datos y objetos prehistóricos recuperados del suelo de Chile, sea en excavaciones propias o a través de trabajos de campo de otros —como de Augusto Capdeville por ejemplo— y de escribir su obra fundamental sobre la *“Arqueología y Fundamentos étnicos de Arica y Tacna”* (1919). El prestigio de Uhle era grande y su influencia sobre la arqueología chilena profunda y duradera. El sistema cronológico establecido por él ha quedado en vigor hasta 1940, cuando nuevas excavaciones realizadas por Junius Bird demostraban la necesidad de revisarlo. Ricardo Latcham, aunque en ciertos momentos dudó de la validez de la cronología de Uhle, la aceptaba en general como base para sus propias publicaciones. Pero es sorprendente, que él, con sus vastísimos conocimientos nunca se ensayó en una revisión de ella.

En la *“Alfarería indígena chilena”* se preocupó del estudio de la cerámica indígena en toda su variedad de formas; la *“Agricultura precolombina en Chile y países vecinos”* en la cual trata de métodos de cultivo y plantas cultivadas es, aunque menos extensa en número de páginas, una de sus contribuciones más importantes al conocimiento de la prehistoria americana. Igualmente los *“Animales domésticos en la América prehispánica”* traspasa las fronteras nacionales y es un valiosísimo aporte a la americanística en general.

Todos estos trabajos, publicados entre 1922 y 1936 han madurado durante lar-

gos años en la mente de su autor. En la introducción a la *Alfarería indígena chilena* —que en sus cuadernos lleva el título “Arqueología chilena”— dice: “Durante más de treinta años nos hemos ocupado en recoger datos y hacer investigaciones sobre la antropología y la arqueología chilenas”. La “*Prehistoria chilena*”, publicada en 1928 es el resumen de sus trabajos anteriores: una visión de conjunto, basada en un sinnúmero de investigaciones detalladas a lo largo de varios decenios.

En 1938 entrega otra gran monografía: la “*Arqueología de la región atacameña*”. Ella contiene todos los conocimientos sobre la vasta área que él considera como habitat de los antiguos atacameños, desde Arica hasta Copiapó, desde el mar hasta la cordillera. Aunque se basa en investigaciones anteriores y en informaciones de cronistas, la inmensa mayoría de datos es el fruto de sus propias investigaciones. Es un libro condensado en el sentido de que muchas anotaciones que se encuentran en sus libretas de apuntes están publicadas sólo en forma abreviada, puesto que de otra manera un solo volumen de 374 páginas y 79 láminas no hubiera sido suficiente. Aunque el libro trata de la región atacameña como una unidad, Ricardo Latcham se da perfectamente cuenta de la heterogeneidad de las manifestaciones culturales comprendida en ella. Esta variedad cultural preocupa en el momento actual a los arqueólogos chilenos, que tratan de reapreciarla, catalogando y describiendo las diferentes zonas

culturales. Una de las culturas más importantes dentro del complejo "atacameño" es la de San Pedro con su cerámica negra pulida, llamada así y descrita hace 25 años por Ricardo Latcham.

La última obra extensa de don Ricardo es una monografía sobre la cultura Diaguita. Después de su contacto con los araucanos, el primer encuentro con la arqueología chilena lo tuvo en La Serena con los restos de un pueblo agro-alfarero, al cual encontró cierto parecido con los Diaguitas argentinos, llamándolo en consecuencia "Diaguita chilenos". En esta obra, que no logró publicarse, traza el desarrollo de esta cultura a través de sus fases arcáicas, de transición, clásica e incásica, ilustrándolo a base de material excavado por él mismo y por su antiguo amigo y colaborador don Francisco Leopoldo Cornely, director fundador del Museo Arqueológico de La Serena. Cuando el Sr. Cornely descubrió en 1939 el yacimiento arqueológico de El Molle en el valle de Elqui —que dio origen a nuestros conocimientos de la cultura del mismo nombre— don Ricardo Latcham se dió inmediatamente cuenta de la importancia del descubrimiento, dedicándole uno de sus últimos trabajos aparecidos en el Boletín del Museo Nacional de Historia Natural.

En el espacio restringido a nuestra disposición una apreciación de la gran obra antropológica de Ricardo Latcham tiene que ser forzosamente muy somera e incompleta. Quedan sin mencionar los muchos trabajos y contribuciones en revistas nacionales y extranjeras y sus artícu-

los de divulgación científica en el "South Pacific Mail", la "Información" y otras. Queda sin mencionar también su preocupación por la lingüística. En numerosos cuadernos apuntó vocabularios de lenguas indígenas, especialmente en araucano, aimará, quichua, pero también en kunza y en el idioma de los changos; tiene apuntados largos vocabularios de nombres de plantas, objetos y de toponimia en estas lenguas. Pero nunca se decidió a una publicación independiente de estos estudios.

Si enfocamos la obra de don Ricardo Latcham desde el punto de vista de la antropología chilena actual, vemos que sigue manteniendo su valor documental y es válida en todos sus puntos básicos. Han cambiado por cierto los métodos de trabajo de campo, pero los resultados obtenidos por él siguen en su mayoría en pie. Es imposible trabajar en arqueología sin consultar y referirse continuamente a los trabajos de don Ricardo, aunque han pasado 60 años desde que empezó a publicar y su última publicación data de 21 años atrás. Ricardo E. Latcham es todavía hoy —tal como lo era durante su vida— la figura más sobresaliente en el campo de las ciencias antropológicas en Chile.

**Impreso: Imprenta
del Museo Nacional de
Historia Natural**

